

**CUENTO N° 224**

**TÍTULO: MI ÁNGEL GUARDIÁN**

**SEUDÓNIMO: FRANC CASAN**

**AUTOR: FRANCISCO ALFREDO CABRERA SANTELICES**

## **MI ÁNGEL GUARDIÁN**

**Franc Casan**

Recibí la llamada a una cuadra de la entrada al hospital, ubicado en la avenida de varias pistas en un solo sentido. Como todo cuidadoso y buen conductor, señalicé y me acerqué a la vereda a mi derecha para detenerme y no causar alguna obstrucción en el denso tránsito a esa temprana hora de la mañana.

En el interior del vehículo, aún con el motor en marcha, atendí prestamente una llamada en mi celular, con seguridad de un familiar que me consultaba por el estado de un paciente sometido a cirugía la noche anterior. Como ayudante del tercer cirujano, había sido encargado por el equipo para informar la evolución de las condiciones post operatorias, pero bueno, en realidad, lo de ayudante era, digámoslo de una vez, algo presuntuoso. Como alumno de último año en práctica pasaba por distintos servicios, con fonendo al cuello y delantal blanco, me tocaba recorrer el pensionado y las salas comunes para saludar a los hospitalizados a punto de ser trasladados a pabellones, anotar algunos datos para las estadísticas y tomarles la temperatura y la presión. Era notorio el hastío de los enfermos cuando pasábamos no una sino varias veces a preguntar los mismos datos que otros colegas ya habían tomado.

El número me resultó desconocido y el ruido de mi motor y el de los vehículos que transitaban raudos a mi izquierda no me permitió escuchar con claridad quién hablaba. Después de unos instantes, llegó a mis oídos un inconfundible acento caribeño que promocionaba los increíbles planes en oferta de cierta empresa de telefonía móvil. Mascullé una imprecación de desagrado, corté de inmediato la molesta llamada y reinicié la marcha hacia la entrada del hospital.

Metros antes de ingresar a la entrada del estacionamiento, una mujer policía, sí, una carabinera, descendió de pronto a la calzada frente a mi vehículo, mejor dicho mi autito, que detuve abruptamente con una fuerte frenada cuando me invitó enérgicamente a detenerme con el tradicional gesto de parada obligada, de frente, con su brazo derecho en alto y el izquierdo apuntando hacia la vereda.

Juro que no la vi sino hasta el último instante y estuve a punto de golpearla con mi parachoques. Me pareció que estaba furiosa, pero se contuvo y se aproximó a mi ventanilla. Boté mi celular al piso para ocultar la prueba del delito, pero había sido demasiado tarde, mi destino estaba ahora en manos de la Ley y el Orden.

Tras ella, se acercó también un fornido carabinero que había descendido de su enorme motocicleta de servicio, preocupado por lo que pudo ser un grave accidente para su acompañante. Me contempló con lástima y se retiró a su puesto de observación, lo que me dio la impresión de que ella estaba rindiendo un examen de su práctica en control del tránsito.

Peor para mí, no va a tener piedad de un indefenso alumno de medicina. ¿Alumno, y si yo fuera un joven cirujano que asiste a un llamado de urgencia? Esta paquita nueva se la va a creer.

Y así me envalentoné, para el peor de mis males.

La carabinera, me miró con sus lindos ojos del color de su uniforme y me pidió con sorprendente cortesía que apagara el motor, que descendiera del vehículo y le entregara todos mis documentos para su revisión. A pesar de ser delgado, con mi metro ochenta y cinco de estatura y los nervios, bajar me costó una barbaridad. Presentía que cada uno de mis movimientos era un paso más hacia el martirio. Contempló con detención todos y cada uno de mis papeles y a continuación, me preguntó con amabilidad a qué lugar del hospital me dirigía.

—Porque usted venía al hospital— afirmó con cierta ironía —si usted, don Fernando, leo en sus documentos, sigue conduciendo tan distraído como hoy lo hacía, va a terminar llegando aquí como un paciente accidentado, ¿no cree usted?

—Bueno, no lo creo así le respondí algo molesto— soy Fernando Ortega, médico cirujano y tengo mucha prisa. Me esperan en pabellón y he sufrido un retraso por el alto tránsito. Le ruego me disculpe y permita mi ingreso.

La verdad es que la fiesta de la noche anterior estuvo como de costumbre muy buena, pero duró demasiado y las sombras iban ya en retirada cuando los claros del cielo anunciaban el comienzo de otra diaria jornada. No pude continuar gozando de mi calentito lecho y faltar a mis labores del hospital, porque después de todo uno ya tiene su ética profesional. Pero ni siquiera la fría ducha logró despejarme del todo.

Ella sonrió al responderme y me pidió a su vez un poco de paciencia porque tenía que hacer una llamada de confirmación y volvería en seguida.

— No se preocupe, —me dijo, —el suboficial Zúñiga cuidará de usted.

Comencé a traspasar helado y comprendí que su amable sonrisa no significaba nada bueno para mí, puesto que había cometido otro grave error.

— Usted figura registrado en pabellones como alumno auxiliar en práctica— me dijo con dureza a su regreso— y usted ha intentado engañarme desde un comienzo.

Y citó algunas de las infracciones que en que yo había incurrido. Comenzó por el uso de celular durante la conducción, manejo descuidado con peligro de lesión a un funcionario en servicio e intento de suplantación de un superior.

—Y pierda cuidado— ella agregó, con cierta picardía—, hay varias faltitas más que incluiré en mi informe personal.

A punto de derrumbarme, eché otra paletada de tierra a mi tumba.

— El uso de celular no es efectivo— le dije con timidez—lo olvidé en casa.

Y en ese preciso instante, una llamada proveniente del móvil oculto en el auto comenzó a sonar estrepitosamente, mientras me hundía en mi desesperación por culpa de mi torpe mentira.

—Ay, Fernando, no hay caso con usted—, tendrá que acompañarnos con el suboficial Zúñiga a la comisaría, para dejar constancia de su comportamiento y citarlo al juzgado de policía local. Y agregó a continuación:

—Fernando—, le dijo con voz enérgica al cariacontecido infractor—, no se puede intentar mentir a un carabinero en servicio, ni a su jefe ni a sus compañeros de trabajo en el hospital. Esto le servirá de experiencia para mejorar la conducción y también su conducta por la vida. Ahora tenga la amabilidad de sentarse en su vehículo y seguimos.

Los ojos del motociclista brillaban de satisfacción por la firme decisión de su alumna y por qué no decirlo, pensaba que el infractor se lo tenía bien merecido, por su propia y equivocada prepotencia fuera de lugar a la llegada al hospital. Sin lugar a dudas, ella conocía muy bien los reglamentos del tránsito y estaba dándole una buena lección al mentiroso jovencito.

Reconozco que dentro de todo he sido muy afortunado, voy rumbo a alguna prisión condenado por una princesa, no, ¡condenado por una reina, la más linda de las uniformadas que he podido conocer! Y, ¿saben qué? Ya no me trata de don Fernando, me dijo Fernando, nada más. Pronto seré su Fernandito, o Feña, como ella prefiera...

La realidad resultó ser muy diferente. Cansado y hambriento por la escasa colación que ingerí a mediodía, fui conducido por la tarde en un vehículo policial a un laboratorio de alguna institución para tomarme varios exámenes, cuyos informes con todas sus firmas tardaron bastante tiempo en ser emitidos. Al regreso casi al anochecer y tras varias horas más de espera, el carabinero de guardia me llamó a viva voz a su escritorio y comenzó a tomar mis datos, para luego revisar el parte policial.

—Usted no se imagina lo muy complicado que está—, comentó el uniformado— luego de leer la lista de mis faltas y el informe dejado a sus superiores por el suboficial y su alumna.

—Lamento comunicarle que su lista de infracciones es de veras impresionante, pero al menos ya tenemos algunos resultados de sus tests —, anunció al ya abatido Fernando—. Estamos avanzando y voy a ordenar que habiliten con frazadas uno de los calabozos para que pase la noche.

— ¡No puedo! —Exclamé desesperado—, debo volver al hospital, ya es casi de noche y me esperan varios pacientes graves en la UCI que me necesitan y nadie sabe dónde estoy.

—Y por lo demás, —tomé aire y agregué airado—, tengo derecho a hacer al menos una llamada al hospital y otra a mi casa.

El cansado y aburrido público presente en la sala de recepción en espera de su turno de atención, estalló en risas junto con el uniformado, al escuchar mi tembloroso estallido al borde de las lágrimas.

—Vaya, vaya, —dijo burlón el cabo González—, así es que tenemos con nosotros a un leguleyo en problemas. Tal vez prefiera irse a su casa en un taxi pagado por nosotros, para acusarnos lo antes posible con su papito.

— ¿Quiere que le cuente algo? —Y prosiguió— Su doctor jefe llamó a su casa para avisar a sus papás los detalles de su arresto, y también, por supuesto, llamó a sus compañeros que lo celebraron muchísimo con todo el pabellón. Servirá para bajarle los humos, nos dijo entre risas, y por favor, —añadió— díglele en mi nombre a Fernando, perdón, al señor colega Ortega, mi nuevo “pariente”, que no pienso ir a buscarle, como tampoco lo hará su papá.

Me derrumbé y en silencio me encaminé hacia las celdas de la comisaría, guiado por el cabo González.

— ¿Dónde se guardará mi auto?—Le pregunté, de pronto.

Se detuvo, giró hacia mí y me miró sorprendido. Esbozó una sonrisa y me respondió.

— ¿Dónde cree usted que está, joven? —Aquí no hay privilegios, si tiene suerte su autito habrá quedado estacionado en la calle, cerca de la entrada al recinto, a la vista de la guardia nocturna—, y si no, ojalá no le roben por la noche desde un espejo, una rueda o el auto enterito.

Y se alejó hacia los calabozos, celebrando con carcajadas mi larga cara de aflicción.

La noche me pareció eterna. La dureza de la cama de fierro y la liviana y única frazada puesta en la fría y húmeda habitación me impidieron conciliar al menos un corto sueño, así como también me mantenían en vigilia los ronquidos, lamentos y amenazas entre mis no muy distinguidos vecinos de celda.

Y ahora, desde la temprana mañana, me encuentro nuevamente en una larga, muy larga espera en la sala donde seré llamado por el secretario del juzgado, con quien admitiré todas mis faltas para luego recibir con humildad la sentencia del señor juez. Le explicaré solo si me lo pregunta, el motivo de mi

arresto causado por mi inexperiencia en el trato con la autoridad. Eso sí, no dejaré de solicitar su mayor clemencia por mi irreprochable conducta anterior, como dicen los abogados.

¿Qué habrá pasado con mi autito? Al subir al bus de carabineros para mi traslado al tribunal no lo divisé en la calle, no sé qué voy a hacer si me lo han robado, recién pagué dos cuotas de las cuarenta que firmé. ¡Qué mala suerte!

Mis pensamientos fueron interrumpidos por el llamado a viva voz de un funcionario que me hacía señas para ir tras él, hacia la puerta de entrada a la sala del tribunal.

— ¿Don Fernando Ortega? —me dijo—, usted ha sido multado con dos Unidades de Fomento por conducción descuidada, que deberá cancelar en la tesorería del tribunal. Sus documentos de tránsito serán retenidos por quince días hábiles. Puede retirarse.

— ¿Señor, eso es todo?—Le pregunté asombrado—, ¿el señor Juez no me va a interrogar?

— No, joven —me respondió con sarcasmo—, el no tendrá ese gusto, no va a entrevistarlo, usted ya ha sido condenado. Tenga usted muy buenas tardes.

Al salir de la sala de audiencias, divisé a la buenamoza paquita de los ojos claros que venía directamente hacia mí. Me saludó con una sonrisa, pasó a mi lado y continuó su camino. ¡Creí morir de la impresión!

No resistí la tentación de mirarla cuando se alejaba con su airoso andar, pero ella giró de improviso y volvió hacia donde me encontraba.

— Don Fernando, —me dijo, con su suave voz de ahora— olvidé decirle que me espere un par de minutos y lo llevaré de vuelta a la comisaría, para que recupere su auto. Anoche lo guardamos con el suboficial Zúñiga, al descubrir que estaba lejos en la acera de enfrente con su llave puesta y listo para partir. ¿Así lo habrá dejado usted?

No supe que responderle. Su amabilidad me conmovió y sólo pude tragar saliva y asentir con mi cabeza.

— Gracias, muchas gracias— musité agradecido—, la verdad es que no tengo dinero ni siquiera para regresar en bus. Pero le pido un favor, no vuelva a decirme “don Fernando”.

— Muy bien, Fernando—, me respondió con su maravillosa sonrisa—, mi nombre es Soledad ¿Entonces, firmamos la paz?

— Con una condición más, Soledad—, quiero que perdone mi imprudente espectáculo lleno de falsedades que mostré cuando nos conocimos. Y agradezco

sus sabias palabras recomendándome que mejorara también mi conducta por la vida, no solo la conducción de un vehículo. He pensado mucho en ellas.

— ¿Vas a continuar tratándome de usted? Como a una persona mayor —, me dijo sonriendo, detenidos frente a un semáforo—, mientras conducía mi poderoso “autito” inglés hacia la comisaría.

— Muchas gracias, por tu confianza, —le contesté casi gritando, por el fuerte sonido del motor—, pero ahora debo llamar a casa para que alguien me lleve de vuelta, mi papá o un hermano, puesto que estaré tres semanas sin licencia y desde ahora no podré conducir.

Detuvo el vehículo al interior de un patio del recinto, apagó el motor y luego se volvió hacia mí.

— Fernando, yo también tengo algo que confesarte, —dijo Soledad de improviso, mostrando cierta preocupación en el rostro—, espero que no te molestes.

— No me asustes, Soledad —le dije medio en broma—, te escucharé con mucha atención.

— No me será nada de fácil —respondió Soledad—, hemos estado vigilándote junto con el suboficial Zúñiga, no por casualidad sino que por orden de mis superiores, para detenerte ante una nueva falta grave, tal como sucedió la pasada noche. Por favor, escucha.

—Altos miembros de la Universidad y de la Escuela de Medicina acordaron expulsar a los alumnos de reiteradas malas conductas, con apoyo policial de ser necesario —. Las decisiones serán muy duras —, terminó de leer Soledad el párrafo publicado por el Informativo de la Universidad.

Gracias a la empatía de Soledad, la paquita de los ojos claros, mi angelito guardián, las infracciones ingresadas al proceso fueron solo las dos menores, que ameritaron una breve sentencia. La multa pagada en tesorería se llevó casi dos cuotas del largo crédito que tomé para comprar mi autito, pero nada de eso importó porque ya nos conocíamos. Desde hace un tiempo estamos saliendo juntos, cada vez que nuestros turnos coinciden y así lo permiten.

Ahora y por siempre sin engaños.